EL MUNDO

Miércoles, 28 de abril de 2004. Año XV. Número: 5.254.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

El reto hispánico, ¿real o imaginario?

HENRY KAMEN

El profesor de Harvard Samuel P. Huntington, bien conocido por su libro El Choque de Civilizaciones (1993) -del que todos hablan pero que nadie que yo conozca ha leído-, publicaba el mes pasado en la revista Foreign Policy un artículo, The Hispanic Challenge (El reto hispánico), que es el preliminar de un libro que se titula Who we are. The Challenge to America's National Identity (Quiénes somos. El reto a la identidad nacional americana), y que saldrá publicado el próximo mes en Nueva York. En su anterior libro, Huntington identificaba correcta y proféticamente los desafíos que el islam planteaba a la cultura occidental. En el artículo, muestra de su nuevo libro, el autor se interesa por un desafío más limitado: el de la cultura hispánica. Su tesis es que «la afluencia de inmigrantes hispánicos amenaza con dividir Estados Unidos en dos pueblos, dos culturas y dos idiomas. A diferencia de los pasados grupos de inmigrantes, los latinos no se han asimilado a la cultura mayoritaria de Estados Unidos; en lugar de eso han creado su propia política y sus enclaves lingüísticos, desde Los Angeles hasta Miami. Para EEUU sería peligroso pasar por alto este reto». Respalda su tesis con abundantes evidencias sólidas, combinadas sin embargo con muchas especulaciones.Si el resto del libro es como este artículo, tengamos por seguro que creará debate y controversia.

La tesis de Huntington tiene varios e importantes defectos, que comentaré brevemente. Sin embargo, tengo claro que no se merece el enojo con que ha sido recibida por el escritor mexicano Carlos Fuentes, entre otros. Empleando las técnicas del periodismo popular, Fuentes, en un artículo aparecido el mes pasado en el Miami Herald, acusaba a Huntington de ser un cruzado pasado de moda, postulante del racismo, y un enemigo de la cultura de Rubén Darío y Cervantes.El artículo de Fuentes es típico de la reacción irreflexiva que a menudo la gente adopta al tratar un problema social y cultural serio. Como un avestruz, niega que exista problema alguno, y deliberadamente distorsiona el significado del análisis de Huntington.Eso en sí mismo es la receta más clara para el desastre y, desde luego, si Fuentes hubiera sido un pasajero del Titanic,

probablemente se habría hundido con el barco, negando que existiera iceberg alguno.

Creo que sería mejor explicar un poco lo que Huntington dice.Empieza afirmando correctamente que Estados Unidos fue fundado con una cultura europea angloprotestante. «Hacia finales del siglo XIX, el componente étnico se había ampliado hasta incluir alemanes, irlandeses y escandinavos. Con la II Guerra Mundial y la asimilación de un gran número de inmigrantes del sur y del este de Europa, seguida por los logros del movimiento por los derechos civiles de los negros, los americanos ahora ven a su país como multiétnico y multirracial». Esa cultura básica, dice el autor, está amenazada por una invasión hispánica. «El único desafío inmediato y serio a la identidad tradicional americana viene de la inmensa y continua inmigración de América Latina, en especial de México. Esta realidad plantea una cuestión fundamental: ¿continuará Estados Unidos siendo un país con un solo idioma nacional y un foco cultural angloprotestante?»

El análisis de Huntington sobre el impacto de la inmigración mexicana da alas a la furia de Fuentes. Este no es lugar para tratar de las estadísticas que Huntington presenta cuidadosamente.Las cifras alcanzan un nivel que harían temblar al Gobierno de España si las personas a las que se refiere fueran magrebíes.«Cerca de 640.000 mexicanos emigraron legalmente hacia Estados Unidos en los años 70, 1.656.000 en los 80, y 2.249.000 en los 90. La cifra de inmigrantes ilegales mexicanos detenidos por la policía de frontera de Estados Unidos pasó de 1.600.000 en los años 60 a 8.300.000 en los años 70, a 11.900.000 en los 80 y a 14.700.000 en los 90». Con razón otro escritor mexicano, Enrique Krauze, ha considerado la inmigración ilegal «una vergüenza nacional», y ha declarado que «ningún país puede cruzarse de brazos ante la incontenible presencia ilegal de otro pueblo en sus entrañas».

Huntington concluye que «la inmigración hispánica masiva afecta a los Estados Unidos de dos maneras significativas: importantes zonas del país se harán predominantemente hispánicas tanto en su lenguaje como en su cultura, y toda la nación se convertirá en bilingüe y bicultural». Concluye citando a un funcionario norteamericano, quien advierte que la creación de extensas áreas de dominio mexicano destruirá el multiculturalismo y se formará «un área étnica de agrupación tan concentrada que no deseará, o no necesitará, asimilarse a la cultura multiétnica y angloparlante de Estados Unidos».

Llegados aquí, deberíamos observar más de cerca la manera como el profesor de Harvard presenta su argumento. Los críticos han señalado, con razón, que hay muchísima especulación injustificada en lo que dice; emplea frases como «uno quizá supone que», «los hispánicos podrían», etcétera. Yo le haría dos

objeciones a Huntington.Primero, su terminología. A lo largo de su artículo se refiere a «latinos» e «hispanos» (ambas palabras significan lo mismo) como si fueran una sola categoría y una sola clase social y compartieran la misma cultura y la misma lengua. De esta forma, confunde a distintos pueblos y los agrupa a todos juntos porque hablan español; por lo tanto no es sorprendente que haya sido criticado por ello.Segundo, al confundir el especialísimo problema de la inmigración mexicana con el más complejo problema de la asimilación hispánica, nos presenta a propósito una imagen negativa que no debería serlo si pusiera más cuidado a la hora de distinguir. Por ejemplo, existe obviamente una diferencia abismal entre los puertorriqueños, que han sido parte de Estados Unidos por casi un siglo, y los ilegales espaldas mojadas mexicanos.

Sin embargo, a mi parecer lo que Huntington dice en su argumento central es perfectamente válido y sus críticos se equivocan.Huntington no ataca la lengua española, ni niega la importancia de la cultura hispánica. Sus críticos, recurriendo (como hace Fuentes) al retrógrado grito de guerra de «¡Cervantes!» cada vez que alguien intenta pensar seriamente sobre cultura, confunden el asunto principal. El lenguaje es un arma de doble filo: refuerza la identidad, pero también la socava. Cuando los recién llegados a una sociedad se las ingenian después de dos generaciones para integrarse en ella, obviamente mantienen su propio idioma pero también aceptan las normas básicas de la cultura que les acoge.Entre estas normas se halla la aceptación de un discurso basado en una lengua común y en la tradición de unos ideales políticos comunes. La inmigración, por supuesto, puede ayudar a enriquecer la elección de lenguajes en la sociedad y la diversidad de sus ideales políticos. Huntington deja muy claro que los inmigrantes hispánicos, al igual que los irlandeses, alemanes, japoneses y coreanos y tantos otros, han hecho una contribución fundamental a la sociedad norteamericana.

Su preocupación, sin embargo, está en aquellos inmigrantes que, por ser tan numerosos, rechazan las normas de la sociedad anfitriona y prefieren crear su propia sociedad dentro de ella. De ese modo, no logran identificarse con el país que han adoptado, y van recibiendo el respaldo de los que van llegando. Lo más preocupante de todo es que no sólo piden autonomía cultural (que es su derecho), sino también un estatus plenamente afín. Aquí es donde entra la problemática cuestión del lenguaje. Tomemos un caso hipotético.Supongamos que la población inmigrante de lengua árabe de España fuera tan numerosa que pidiera el derecho de dirigir todos sus negocios públicos, educación y asuntos administrativos sólo en su idioma. Supongamos que pidieran que todos los funcionarios estatales que tratasen con ellos hablaran y escribieran en árabe.¿Concedería esto el Estado español? Este problema es parecido al de Estados Unidos, un país excepcional por la absoluta tolerancia que proporciona

a sus ciudadanos para que dirijan su vida social, sus celebraciones y sus negocios privados en el idioma de su elección. Sólo se necesita, como yo he hecho, ir por el distrito coreano de Los Angeles o el distrito indio [de la India] de Nueva York para darse cuenta de que Estados Unidos es una increíble y diversificada madre de las culturas. Aún así, los coreanos e indios se sienten también orgullosos de ser parte de la cultura norteamericana, y aceptan el uso de la lengua oficial del estado, el inglés. De hecho, es precisamente porque existe tanta diversidad de lenguas en Estados Unidos por lo que se hace esencial tener una sola lengua estatal.

Quizá Huntington tenga defectos en la manera en que presenta sus argumentos, pero al acusarle de racismo, Fuentes nos está confundiendo. En ningún momento Huntington, al contrario de lo que Fuentes mantiene, ataca la inmigración mexicana o la lengua española; más bien, cuestiona la inmigración ilimitada, y señala los peligros de acabar no teniendo una única lengua nacional común. Los que tienen un interés honesto en el problema, harán bien en leer el libro antes de confiar en versiones distorsionadas.

Henry Kamen es historiador. Su última obra publicada es The Duke of Alba (Yale University Press, 2004).

© Mundinteractivos, S.A.